

Otra efemérides del 98: Marcuse.

En la linde de los fines del siglo y del milenio, mil novecientos noventa y ocho nos llega cargado de consonantes efemérides: Son los cien años desde el desastre colonial, el siglo que hubiese cumplido Federico García Lorca si -cosa que todos hubiésemos celebrado y agradecido - se le hubiese dejado vivir la vida que merecía.

En otro orden de cosas, también han pasado treinta años (¿ya?) desde aquellas emocionadas controversias que llegaron empujadas por los aires frescos y hasta renovadores del ¿mayo francés? Ciertamente, treinta es una dimensión asimétrica en el cómputo de un siglo, pero el número no carece de redondez. Fue por aquellas fechas cuando muchos jóvenes estudiantes nos enteramos de la existencia de un filósofo entonces septuagenario cuyas teorías parecían dar razón de aquel frenesí intenso y gozoso. Un tal Marcuse. Era conocido desde un año antes, cuando los estudiantes protestatarios de la Universidad de Berlín exhibían un opúsculo suyo titulado *La tolerancia represiva*. Este año, y por las fechas en que esta revista salga a la calle, él también hubiese cumplido el siglo. En el momento de rendir memoria de las efemérides correspondientes a esta fecha, pretendo ocupar el lugar que generacionalmente me corresponde recordando aquella figura ya histórica y los avatares de su pensamiento.

Herbert Marcuse nació en Berlín un 19 de junio de 1898 en el seno de una familia judía plenamente germanizada. Su juventud coincidió con los años convulsos que siguieron a la derrota y disolución de los imperios centroeuropeos, el fracaso de los intentos revolucionarios y el caos monetario que desembocó en la inflación galopante y el hundimiento económico de Alemania. Los veinte años que separan las dos grandes guerras ejemplifican



como no ocurría desde el Renacimiento la (sólo aparente) paradoja de la mayor floración intelectual en medio de la inseguridad de la crisis social y económica. Berlín, la más extensa y una de las más bellas ciudades europeas, se erigió en el crisol privilegiado del que surgieron el arte y el cine expresionistas, la música dodecafónica, la renovación de la ópera, el teatro social y la arquitectura del Bauhaus. También, y a partir de fermentos más antiguos, lo harían la teoría radical de la revolución y, aunque oriundo del cervecero sur, el nacional-socialismo.

Marcuse era apenas un adolescente cuando comenzó la guerra de 1914-18, lo que no le libró de participar en ella como soldado. Terminado el conflicto, ingresó en 1919 en la Universidad de Berlín, donde simpatizó con las teorías revolucionarias. Fracasado aquel movimiento, se trasladó a Freiburg, donde encontró a los profesores Husserl y Heidegger, este último, haciendo sus primeras experiencias docentes. Licenciado en 1922, y tras unos años en Berlín, volvería a Freiburg al lado de

Heidegger, recién nombrado catedrático, para desarrollar una carrera académica. No deja de ser significativa, en una vida tan llena de intensas paradojas como la de Marcuse, la asociación del joven profesor, ya marxista desde su paso por la universidad berlinesa, con el joven y brillantísimo catedrático de orientación nacional-socialista. Su tesis para ser recibido como profesor se titulaba *Aportaciones para una fenomenología del materialismo dialéctico*. Pretendía en él analizar con el método fenomenológico el materialismo dialéctico desde la perspectiva del *Dasein* heideggeriano. Esa voluntad de combinar los aparentes irreconciliables da la medida de su capacidad de ideación y de la amplitud de su talante intelectual. Como veremos a continuación, tal fue la característica de sus trabajos posteriores más señalados.

Sus simpatías marxistas le alejaron de la figura de Heidegger, pero su vocación de ontólogo le aproximó al pensamiento de Hegel. Junto con otros filósofos de su generación, Adorno, Fromm y Horkheimer, analizó las fuentes hegelianas del marxismo. En ello estaba cuando, en 1933, Hitler alcanzó el poder. El judío plenamente germanizado Marcuse comprendió que cuando el racismo se despoja de las veladuras, los antes tolerados como *plenamente asimilados* pueden ser los primeros en montar al vagón que lleva al campo de concentración. Estaba a punto de lograrlo, pero nunca llegó a ser profesor titular alemán. En 1934 lo encontramos ya en los Estados Unidos, en la Universidad de Columbia, incorporado junto con sus compañeros exilados de Freiburg.

Tras el frenesí europeo sobrevino la calma del campus universitario americano. En los años que siguieron y aprovechando la seguridad y perspectiva que ofrecía la intermediación oceánica, Marcuse relanzó la línea de investigación iniciada en Alemania en la que, con todo el rigor de un discípulo de Heidegger se planteó la paradoja del origen común, en Hegel y su idealismo, del marxismo y del nacional-socialismo. Estas reflexiones las publicó en el libro titulado *Reason and Revolution, Hegel and the Rise of Social Theorie* (Razón y revolución, Hegel y el nacimiento de la teoría social).

Cuando el libro fue publicado, otra guerra sacudía al mundo. Los Estados

Unidos eran aliados de Rusia en una contienda en nombre de la libertad y en contra de la Alemania nazi. Marcuse ingresó en la Oficina de Servicios Estratégicos del Departamento de Defensa como colaborador científico y permaneció en instituciones similares, predecesoras de lo que luego sería la CIA, y al servicio del Departamento de Estado hasta 1950.

Por aquellos años, terminada la guerra que les había hecho -valga la expresión atribuida a la política- extraños compañeros de cama, la sociedad americana descubría el fenómeno ruso y, en aquellos primeros momentos, sentía curiosidad por él. Marcuse, ya libre de las exigencias de la guerra, se incorporó a la Universidad de Columbia en el recién inaugurado Instituto Ruso, y, al poco, a una



fundación de similar carácter en la Universidad de Harvard. Fruto de aquellos años de estudios fue el libro *Soviet Marxism, a critical analysis* (El marxismo soviético, un análisis crítico). En él expone un lúcido examen crítico de las prácticas del sistema soviético que tiene el interés de estar hecho desde dentro del marxismo y en el que se acusa al comunismo ruso no por sus excesos marxistas, como pudiera esperarse en un texto americano, sino por su traición a estas ideas.

Pasado aquel primer momento de curiosidad, la sociedad americana entró en el período de obsesión por el comunismo que caracterizó toda la *Guerra fría* y que, como suele ocurrir en estos casos, fue más virulento en sus primeros momentos. Pintaban bastos para un judío, intelectual y marxista en la sociedad de la libertad y el consumo y Marcuse pudo considerarse afortunado con que la provinciana Universidad de Brandeis, Massachusetts, lo recibiese en 1955 sin mayores remilgos.

El cambio de circunstancias que despliega una sociedad americana jubilada de la guerra de la que sale victoriosa supera el marco del decorado. En Massachusetts, el marxismo no pasa de ser un referente intelectual sin vinculación efectiva con los fenómenos sociales que le afectan con creciente saña. Entendiendo que las claves marxistas no eran capaces de explicar satisfactoriamente la alienación del ciudadano americano, Marcuse, al igual que hicieran sus antiguos compañeros Fromm y Adorno, prueba la vía de la psicología. Intenta entonces una segunda combinación de irreconciliables, esta vez entre las teorías de Marx y las de Freud. Nació entonces el libro *Eros y Civilización*, ampliamente editado incluso en castellano y que en el mundo contestatario que orló todo el disparate vietnamita fue, más que una Biblia, un Apocalipsis por lo frecuentado, atractivo y críptico de su texto.

Freud aporta al estudio todo el ámbito del subconsciente y los instintos que anidan en él. La alienación se constituye en la forma de represión social generalizada. Aceptando el ámbito del análisis y explotando a fondo sus posibilidades, Marcuse sabe detenerse a tiempo frente al fatalismo por el que Freud vehicula determinadas tenden-

cias reaccionarias de su pensamiento, de manera que rechaza el prejuicio de que toda educación sea forzosamente represiva y que toda evolución, por la acción del sentimiento de culpa y necesidad de justificación, conduzca a una nueva represión; y afirma en cambio la posibilidad de una liberación radical de toda represión a través de una rotura con la historia.

Según este texto, la moderna sociedad industrial capitaneada por el poder organizado y dirigida al consumo es esencialmente represiva. Al mismo tiempo, el marxismo comunista, en la medida en que ha adaptado tanto el sistema de ocupación del poder como el objetivo consumista, es igualmente alienante. De ahí la oportunidad de volver al viejo ideal de la liberación radical de la condición humana.

Estamos al borde de los años sesentas y Marcuse orienta su atención a estudiar los componentes represivos de la sociedad contemporánea, analizar sus causas y proponer maneras de superarlos. Fruto de estas reflexiones fue el libro *El hombre unidimensional*, que conoció parecida difusión (y comprensión) que el que le precedió. Se trata de un texto dividido en dos partes, la primera de las cuales *-la sociedad unidimensional-* hace el retrato crítico de las sociedades industriales evolucionadas dominadas por la publicidad, la psicología y la sociología al servicio de un poder profesionalizado y en las que el individuo se ve reducido a una sola dimensión, alienado en una sociedad que no reconoce más valores que la eficacia y el poder. La segunda parte *-el pensamiento unidimensional-* se propone el análisis de las raíces intelectuales de esta misma sociedad, que atribuye a la ciencia dirigida a la técnica. La técnica ha puesto a la naturaleza en las manos del hombre y le permite la práctica satisfacción de todas sus necesidades. Pero la ciencia nacida de la voluntad de poder ha logrado este dominio a base de reducir toda la realidad a una sola dimensión: la cantidad. Esta reducción sólo es posible a través de la renuncia a la metafísica en beneficio del positivismo. En esta perspectiva no hay más verdad que la científica. El conocimiento del hombre se reduce al conocimiento científico de su comportamiento. Bondad y belleza dejan de tener relación con la verdad y desaparece toda idea de finalidad en la interpretación de

la realidad. Tanto la realidad como el hombre son plenamente analizables, pero dejan de tener sentido.

Los conceptos vertidos en este último libro excedieron los márgenes de la tolerancia de Brandeis y Marcuse, con 64 años, se quedó sin contrato. Su situación no era fácil cuando, en 1964, es invitado a la Universidad de Berkeley en California, con toda probabilidad el centro más liberal de los Estados Unidos. En diciembre de aquel mismo año se produjo la ocupación por los estudiantes de un edificio universitario y la subsiguiente proclamación de la Universidad Libre, ocupación que acabó con la intervención de la policía llamada por las propias autoridades académicas. Las consecuencias de aquel acontecimiento son conocidas y no carecieron de repercusiones en nuestras latitudes: la ruptura entre los estudiantes "avanzados" y la universidad liberal. La mayoría de los profesores, incluso los liberales, condenaron la actuación estudiantil. Marcuse, en cambio, les expresó su simpatía. Había, desde luego, una coincidencia de puntos de vista entre unos y otros, y la actitud rebelde y hasta insolidaria de los *hippies* no dejaba de presentar alguna relación con lo propuesto en *El hombre unidimensional*. Publica entonces, al hilo de aquellos acontecimientos, *La tolerancia represiva*, donde formula nuevamente su pensamiento y atribuye un papel destacado a los estudiantes en la renovación radical que propugna.

La sociedad del bienestar es una sociedad tolerante mientras se respeten sus reglas de juego (su alienación). En tales condiciones es indiferente a que se defiendan el bien o el mal, la verdad o la mentira. Cuando estas reglas se ven contestadas y se pone al descubierto la alienación, revela violentamente su fondo intolerante. La abolición de la represión no es posible sin una lucha que debe llevarse a cabo en nombre del hombre. *La tolerancia represiva* debe combatirse con la *intolerancia liberadora*. Corresponde la vanguardia de esta

lucha a los marginados de los beneficios del sistema, a las minorías oprimidas, a los pueblos subdesarrollados y a las minorías concienciadas: intelectuales y estudiantes.

Fue su consagración pública, su lanzamiento a la fama. Todavía publicaría *El final de la Utopía* (1968), donde se mostraba optimista, *Contrarrevolución y revuelta* (1972) y *La dimensión estética. Para una crítica de la estética marxista* (1978).

Aunque el desarrollo y apoyo de sus controvertidas teorías le llevó en muchas ocasiones a defender la violencia juvenil, condenó siempre y rotundamente cualquier forma de terrorismo, como por ejemplo en sus declaraciones al periódico *Die Zeit* en 1977.

Tras de media vida en los Estados Unidos como ciudadano americano, y convertido en visitante ocasional de una Alemania que extrañaba por americanizada, cerró su ciclo vital en el país que le vio nacer. Se hallaba allí de visita invitado por el Instituto Max Planck cuando le sorprendió la dolencia que causaría su muerte, acaecida en Starnberg, cerca de Munich, el 29 de julio de 1979.

En un mundo que reclama el ejemplo y la orientación de los santos, Marcuse se nos presenta como humano, demasiado humano. Supo ser siempre un excelente ejemplo de su tiempo y sus circunstancias. Condujo con sobrada dignidad una existencia azarosa y cuajada de cicaterías y conmociones. Epígono de la más depurada escuela del pensamiento europeo, tuvo que velar sus estertores en la crisis de la cultura que ha caracterizado este final de milenio. Filósofo de esta crisis, se enfrentó a ella con ingenio y excelentes herramientas. Sus conclusiones son necesariamente tan provisionales como los tiempos que las alumbraron, pero nos deja dos grandes legados: la imaginación derrochada en el planteamiento de sus análisis y el exquisito rigor filosófico de los métodos que puso en obra para resolverlos.